

Años un capítulo, por el cual *los atenienses quedaban com-* Años
del *prometidos á no tener otro gobierno que el que les dicta-* ántes
mando. *ra Esparta*; y Esparta, cuyo primer general era entón- de J. C.
ces Lisandro, abusando cruelmente de su situacion,
desmanteló Atenas y estableció en ella un gobierno
compuesto de treinta Oligarcas, con autoridad de vidas
y haciendas; treinta tiranos, que secundando las miras
de Lisandro, tan vil como ellos, desterraban con fre-
cuencia unos ciudadanos y condenaban á otros á muer-
te. El jefe de los treinta tiranos fué Critias, discípulo
de Sócrates, y á tal extremo llegaron los abusos que Es-
parta cometió sobre Atenas, que debía esperarse un
pronto rompimiento. Con efecto, Trasíbulo, denodado
ateniense que se hallaba sufriendo los rigores del des-
tuerzo, se puso al frente de sesenta compañeros tan
arrojados como él; se apoderó del puerto de Pilos, entre
la Beocia y Atica, y reuniendo allí los demás descon-
tintos, dió el grito de independencia. Lisandro marchó
contra ellos; pero Pausanias, rey de Esparta, causado
3601 sin duda de este general, celebró con Trasíbulo un tra- 403
tado, por el que se devolvió á Atenas la libertad.

56. SÓCRATES.—Atenas recobró su libertad; pero con su liber-
tad no recobró sus antiguas costumbres: prueba de ello es el emi-
nente filósofo Sócrates, que respetado aún por los treinta tiranos,
3604 murió víctima del pueblo, que le condenó á beber la cicuta.—Hijo 400
Sócrates de un escultor y de una partera de Atenas, se distinguió
en sus primeros años sirviendo á su patria con denuedo. En la ba-
talla de Potidea libró la vida á Alcibiades, y en la de Delio se car-
gó al hombro al herido Jenofonte, y atravesando las falanges con-
trarias, lo puso en salvo.—Después se entregó al estudio, y llegó
á saber cuanto en aquellos tiempos saberse podía.—Tenía ideas
sublimas acerca de la Divinidad y de la inmortalidad del alma; y
vestido de la más admirable sencillez, explicaba sus doctrinas en
las plazas, en los campos, en los talleres de los artesanos, enseñan-
do máximas eminentes de moral. El pueblo le seguía, pero los so-
fistas, filósofos pedantes y necios, que pretendían saberlo todo y
explicarlo todo, y que para ello se rodeaban de ridículo y pomposo
aparato, declararon á Sócrates una guerra sangrienta, en la que no
cesaron hasta que lograron arrestarlo.—Sócrates se negó á defen-
darse de las acusaciones que se le hacían; y habiéndose procedido,
según costumbre, á la votación de sentencia, de quinientos cin-
cuenta y seis votos que tomaron parte, resultó condenado por una
mayoría de tres.—Sócrates ofrece al mundo el primer ejemplo de
un sábio, que muere por defender sus ideas.